

La noche de Max Estrella

Recojo en este artículo mis hipótesis y pequeños hallazgos, en el intento de reconstruir aquella noche en la que Max Estrella hizo su último recorrido por el Madrid de los años veinte. Los relato, respetando el orden de las escenas¹.

Bastardillos, esquina San Cosme

La obra comienza en casa de Max Estrella; el poeta revela su dirección en la escena quinta, donde tras ser detenido, es inte-

(1) Las fuentes de este trabajo son las indagaciones realizadas entre 1989 y 1991, en archivos, en hemerotecas y en las calles de Madrid; no hay, pues, apenas, bibliografía que citar. Aparte de este punto de vista periodístico, otros dos me han servido como referencia de focalización distinta: el análisis teórico y la práctica teatral. Como estudioso de la obra, y dirigido por el profesor don José María Martínez Cachero, presenté —1974— en la Universidad de Oviedo mi tesina de Licenciatura, publicada dos años después —1976— en la colección de bolsillo de la Universidad de Sevilla, con el título *Sondeo en "Luces de bohemia", primer esperpento de Valle-Inclán*. Orientado a alumnos de C.O.U. y universitarios, confeccioné para la editorial Alborada —Madrid, 1988—, en su colección Clásicos de la Cultura, un cuaderno de sugerencias de trabajo, en torno al análisis teatral de la obra. Y en septiembre de 1991, en la Universidad hispalense, bajo la dirección del profesor don Jorge Urrutia Gómez, leí mi tesis doctoral *Análisis dramaturgico de "Luces de bohemia"*, que en la actualidad me está sirviendo de base para el libro que preparo, del que este artículo sería un adelanto. Y en cuanto a su escenificación, interpreté el papel de Max Estrella entre octubre de 1981 y noviembre de 1983 en el montaje presentado por el grupo sevillano **Tiempo**, dirigido por Ramón Resino, en colaboración con el Teatro Estudio de Sevilla (T.E.S.). Actualmente preparo con Ángel Facio y Vicente Palacios un nuevo proyecto de puesta en escena.

rrogado, completándola en el despacho del Ministro, escena octava: **Bastardillos, 23 duplicado. Escalera interior. Guardilla B.** En esta casa de vecinos vivían Max Estrella y su familia. Pero, ¿dónde está esa casa y quién la habitaba?

La calle Bastardillos no existe y, tras mis indagaciones, creo poder asegurar que no ha existido nunca. Pero San Cosme, sí. Ésta era, pues, la primera pista real, verdadera o falsa.

La calle San Cosme y San Damián está en el límite del Distrito Centro, al que pertenece, muy cerca ya del barrio de Embajadores, en el interior de ese amplio ángulo cuyos lados son la calle de Atocha y las Rondas de Valencia y Atocha. De la plaza de Antón Martín arranca, en suave bajada, Santa Isabel. La quinta a la derecha es San Cosme, una larga calle que desciende en fuerte pendiente hasta Doctor Pigá donde concluye; en todo su recorrido no hay ninguna bocacalle, y ni Santa Isabel ni Doctor Pigá tuvieron jamás nombre alguno que parezca tener la menor relación con el de Bastardillos. Y, por otra parte, ninguno de los edificios situados en las cuatro esquinas sugiere el menor parecido con lo descrito en *Luces...*².

Reiniciando la búsqueda, y después de muchas conversaciones y preguntas —increíble amabilidad de este Madrid de barrio que conserva la hospitalidad de las gentes de nuestros pueblos— en una bodega de Santa Isabel, un repartidor de cerveza, me habla de la historia de su calle, Salitre; me cuenta que

(2) La calle Santa Isabel siempre se denominó así por ser el nombre del antiguo convento de las Agustinas Recoletas, cuyos muros, cerrando su enorme huerta, limitaban con San Cosme. El nombre primitivo de Doctor Pigá, que une Salitre con Argumosa, era el de Travesía de San Lorenzo, por la advocación de la iglesia ante la que, según la hipótesis que fundamentaré, muere Max Estrella. En cuanto a las esquinas, arriba, en Santa Isabel, en una de ellas, el antiguo Palacio Condal de Cervellón, residencia de los duques de Fernán-Núñez, edificado en antiguos terrenos de las Recoletas, y hoy, dispensario de la RENFE. Enfrente, en la otra esquina, una casa de distribución absolutamente normal, sin laberinto alguno y sin escalera interior, al igual que la correspondiente a la misma acera, al final de la calle, en Doctor Pigá. Frente a ésta, en la cuarta esquina, una casa de una sola planta.

antes se llamó Baltasar Bachero... Acostumbrado ya al código que, en estos casos, utiliza Valle para orientar y desorientar, en cuanto suena el nombre de Baltasar, pienso en su diminutivo y lo relaciono, claro, con Bastardillos. Y resulta que es la paralela a San Cosme. Me cuentan unos y otros la historia de Bachero que, en resumen, parece ser un acto heroico de un vecino de la calle que salva la vida a un niño, pereciendo él, al evitar que sea arrollado por un carro³. Me acompañan hasta la casa, en la que, a la altura de la segunda planta se conserva la placa con dos fechas que me desconciertan, que nadie sabe concretar, ni los propios familiares, sobrinos lejanos de Bachero:

EL AYUNTAMIENTO DE MADRID
A BALTASAR BACHERO
1929-1967

En cualquier caso, ninguna de las dos fechas —que aclaré en el Archivo de la Villa⁴— coincidían con la hipótesis; por lo que continué mi búsqueda descubriendo, un poco más abajo de la casa de Bachero, en la acera de enfrente, una vieja puerta de madera tallada. Hacía unas horas me había detenido ante otra

(3) Los datos concretos de la historia se van borrando en la memoria ciudadana. Por lo que me cuentan, no queda claro si Baltasar Bachero era dueño o no del carro, ni lo que él transportaba; para unos leche, para otros cubas de vino. El dibujo que aparece en los azulejos de la placa, la verdad es que no aclara mucho, pues lo que sobre el carro se ve, más parece una silla. En la revista municipal *Villa de Madrid* leo que se trataba de un modesto albañil que muere arrollado por un carro que, dada la pendiente de la calle, supongo, bajaba demasiado deprisa, aunque la leyenda popular prefiere contar que el caballo se había desbocado.

(4) En el Archivo de la Villa, instalado en el Cuartel del Conde Duque, aclaro mis dudas: Las fechas no se refieren a Bachero, sino a los cambios de nombre de la calle. La zona se denominaba Terrenos de Salitre y esa calle, desde que existía, documentada como tal ya en el siglo XVII, era llamada **Salitre**, por la industria que la Real Hacienda estableció para proveer a las fábricas de pólvora, en el postigo de Valencia — hoy, Doctor Pigá— donde terminaba. Por acuerdo de la Comisión Permanente de 20 de marzo de 1929 se decide denominarla Baltasar Bachero. Y en 1967, a propuesta del Seminario de Toponimia, la Comisión le devuelve su nombre antiguo, que es el que hoy ha vuelto a tener. Ello explica las dos fechas de la placa: el tiempo que la calle recordó, con su nombre, el sacrificio heroico de Bachero.

idéntica de la calle San Cosme. Un guarnicionero, Marcelino Torres⁵, me explica la coincidencia que no es, en absoluto, casual: Se trata de la misma casa: tenía entrada por ambas calles, por eso las puertas son iguales. El portal de Salitre llevaba cerrado, por lo menos, veinticinco años; la entrada al inmueble ahora ya sólo es posible por el n° 18 de **San Cosme**, pero antes, y desde siempre, ambas puertas eran utilizadas. Marcelino me cuenta sus correrías de niño, en los años veinte, escapando en sus juegos de una calle a otra; y me habla del estraperlo del aceite ("En ese pasadizo se ocultaban las cubas, hasta la estafa de las garrafas llenas de agua, que sólo tenían unos dedos de aceite flotando. Mi abuela compró una"); y del engaño a los taxistas ("Se bajaban en San Cosme, y espere usted un momento, y se largaban por Salitre. ¡Total! Que lo cerraron").

Sobre el quicio de la puerta, dos placas borrosas: En una **Edificada en 1888**. En la otra, el número, el **23**. Y para concluir con las coincidencias de la calle, antes de encontrar las del interior, el portal contiguo al 23 —viejo y cerrado—, no está numerado, pero el anterior es el 21. Es decir, no corre la numeración, con lo que no sólo estaba ante el 23, sino ante el **23 duplicado**. En la calle Salitre, sólo me quedaba una cosa por hacer: una operación inversa: Antes había convertido a Baltasar en Baltasarillo. Ahora, Bastardillo, en **bastardo**, "que degenera de su origen o naturaleza", en este caso, **que cambia de nombre**.

De nuevo regresé a San Cosme, con la expectativa de penetrar en ese portal, que comunicaría las dos calles si estuviera abierto a ambas. De alguna manera Bastardillos/Salitre, por ese portal-pasadizo quedarían convertidas en **esquina San Cosme**.

(5) Si alguien, cuya curiosidad haya sido despertada por estas notas, decide realizar el recorrido que estoy describiendo me atrevo a sugerirle que no deje de entrar en la guarnicionería que está al final de Salitre, en la acera de la derecha. Marcelino Torres, nacido en Humanes (Guadalajara), guarnicionero, vendedor en el Rastro, concejal republicano, comunista de los de antes, soldado en la guerra y prisionero en la postguerra, tiene muchas cosas que contar de esta España, a veces tan bella y, otras, tan espectral como Valle acertó a pintarla.

No llamo al timbre de la portería ("...si en ese laberinto hiciese falta un hilo para guiarse, no se lo pida a la portera, porque muerde"), sino que espero a que alguien salga. Y entro: Un primer portal que se abre a un patio interior desde el que pueden observarse cuatro plantas de corredores y en ellos, las puertas de las viviendas de esta casa de vecinos. Cruzando el patio, al fondo, otro más pequeño que da luz a las ventanas de cada planta y que termina en el portal cerrado de la calle Salitre. Y entre ambos patios, **la escalera interior**. Desde abajo, todo coincidía con ese **laberinto**, en el que, sin hilo y sin portera, a riesgo de perderme, subí, buscando la **buhardilla-B**.

En el primer rellano puede contemplarse la casa en toda su complicada perspectiva: corredores y pasillos que se prolongan tras oscuras esquinas; infinidad de puertas separadas entre sí por ventanas y ventanucos; la escalera, pisa y oscura, asciende hacia la zona de las buhardillas, en "el quinto cielo". Desde aquí, el laberinto parece aún más intrincado.

Doña Carmen Benito vive, desde 1938, en el número 3; vino en plena guerra. Ella me cuenta, cuando aún estamos en el corredor, cómo era la distribución, antes de que se hiciese ninguna obra: Efectivamente las buhardillas actuales de la zona izquierda no existían. La de su vecina, doña Amanda, era la primera, pero la reformaron, porque entonces no había corredor a la derecha, sino que, a través de donde hoy se encuentra la cocina de doña Amanda, anteriormente entraba, desde la "meseta", un pasillo, que bordeando el espacio que ocupa la buhardilla nº 1, derecha, que es moderna, se llegaba a la nº 3:

-Sí, entonces era la -B-, me dice.

Y entramos en lo que pudo ser la casa de Max Estrella, un rectángulo de veinte metros cuadrados en el que caben una salita, dos dormitorios y una cocina, que, sin puertas, se comunican entre sí; en el centro de la salita, en el techo, hay un tragaluz que se orienta al sur (el "ventano angosto" está lleno de sol

en el guardillón de *Luces...*", porque en la versión de 1920 la hora no es crepuscular sino **canicular**).

La buhardilla se conserva tal como estuvo siempre, con sólo dos modificaciones: la puerta de entrada no daba a la cocina, sino directamente a la salita; y la cocina estaba a la izquierda, junto al dormitorio "grande".

Doña Carmen me cuenta después que "...también cambiamos el suelo; era de esas baldosas blancas y rojas... Y cuando pudimos comprar la buhardilla, metimos el agua en la cocina. Antes había que salir al pasillo donde había una pileta que la llamábamos la pila del agua bendita. ¿El servicio? Sigue estando donde siempre. Ahora, muy bien, porque sólo lo usamos mi vecina, la del cuatro y yo."

Me asomo al corredor de oscuro ladrillo rojo y recuerdo a don Latino y Dorio saliendo del velatorio de Max para tomar unas tintas cuando "desaparecen en la **rojiza penumbra** del corredor, largo y triste, con el gato al pie del botijo y el reflejo **almagreño** de los baldosines".

Intento saber quién vivía en 1938 en la buhardilla. Doña Carmen me cuenta que, cuando se casó, se la alquilaron a una familia que llevaba muchos años habitándola. Él era ferroviario. Se le ilumina la cara y de pronto recuerda que se llamaba **Barahona**: "Llevaban muchos años viviendo aquí. Se fueron y nunca supe de aquella familia..." Ellos, podrían desvelar el nombre del anterior ocupante. La pregunta, hasta el momento queda sin respuesta: ¿Quién vivió realmente aquí, para que Valle conociese tan bien la casa?⁶.

(6) Como es sabido, en el capítulo VIII de la Sexta Parte de *El árbol de la ciencia*, "La muerte de Villasús", Baroja narra de forma idéntica, aunque en registro absolutamente diferente, la muerte de Alejandro Sawa. En lo que se refiere a la calle, el único dato recogido es que se trata de "una guardilla de **barrios bajos**...". Las referencias del interior tampoco se detallan ("al pasar por el **corredor de una casa de vecindad**... (...) Andrés (...) entró en el otro **tabuco**..."). Coinciden, pero podrían corresponder a cientos de viviendas similares. En el capítulo 3º, parte II, "Las moscas", Baroja cita como direc-

El sobrino-nieto de Pica Lagartos

Después de pasar por la **librería de Zaratustra**, que evidentemente no estaba en el Pretil de los Consejos⁷, sino, según numerosos testimonios de la época, en la esquina de la calle Jacometrezo con Mesonero Romanos, Máximo Estrella y don Latino "se orientan a la taberna de Pica Lagartos, que tiene su clásico laurel en la calle de la Montera". Arranca de la misma Puerta del Sol y en fuerte pendiente asciende hacia la Red de San Luis. Nuestros personajes podrían haber bajado Mesonero Romanos hasta Carmen, llegar a Sol y entrar por la parte baja o, lo que sería más corto, continuar Jacometrezo y, en unos minutos, alcanzarían la esquina alta de Montera.

Pero, ¿dónde estuvo situado el bar? Mis pesquisas iniciales resultaron infructuosas, pues los testimonios que recogía me aseguraban que en esta calle sólo existió desde entonces y hasta los años setenta, en el número 6, **La India**, la famosa pastelería-cafetería, convertida después en tienda de calzados, y actualmente, en una de las muchas salas de juego con máquinas tragaperras que en la calle se han instalado.

ción de Villasús la Cuesta de Santo Domingo, también en una buhardilla, pero que, evidentemente no puede ser la misma, en la que Andrés Hurtado vuelve a encontrar a Villasús). ¿Vivió realmente Alejandro Sawa en Salitre, 23? No lo sé, pero desde luego, no murió allí, sino, como comentaré, en la calle Conde Duque.

(7) En el Pretil de los Consejos, donde Valle sitúa a Zaratustra (curándose en salud ante las previsibles iras del editor Gregorio Pueyo, tan claramente aludido) nunca existió librería alguna; la más cercana, y la única en la zona, es la que actualmente se encuentra en la Plaza de la Cruz Verde, esquina a la calle de la Villa, moldeada y rotulada al estilo de principios de siglo, pero que no tiene más de 15 años de existencia. La localización real, donde Pueyo tenía la librería, el cruce entre Jacometrezo y Mesonero Romanos —antigua calle del Olivo— desapareció con la construcción de la Gran Vía. Hoy en la Puerta del Sol esquina a la Cuesta de San Jerónimo se encuentra una librería Pueyo que ya no pertenece a la familia de los antiguos libreros, procedentes de Daroca. Fue su propietario el hijo de Gregorio Pueyo, D. Pedro Pueyo, ya fallecido. Un hijo de éste, Javier Pueyo, juntamente con sus hermanos Pedro y Julita, regentaron, hasta época reciente en la calle Arenal, otra Librería Pueyo. (Esta última información tuvo la amabilidad de facilitármela Virginia Pueyo, hija de Javier Pueyo y biznieta del Zaratustra de Valle.)

La primera pista, antes de dar por buenos los informes anteriores, la encuentro en la Puerta del Sol: una vendedora de tabaco, la señora Visi, que tiene allí el puesto "de toda la vida", me asegura que, al principio de la calle Montera, en el número tres o cinco, antes de la guerra, había una taberna antigua, cuyo nombre ha olvidado. Me encamina, para mi buena fortuna, a don Ángel Isar, **sobrino-nieto de Pica Lagartos**, (según la hipótesis que formularé a continuación), vendedor de periódicos y propietario del quiosco de prensa situado en la desembocadura de Alcalá en Sol.

Efectivamente, al principio de la calle existió una taberna, **Casa Regatero**, que estaba en el número uno, donde se encuentra actualmente la Joyería Montera; pero creo que ésta no era la taberna de Pica Lagartos. En la misma acera, y un poco más arriba, exactamente en el número nueve, lo que hoy es la Farmacia Montera (que ocupa este local desde que se traspasó el bar), allí sobre una fachada de madera pintada de rojo, tenía su "clásico laurel" la taberna de **El Majo de las Cubas**, cuyo nombre sugería la referencia aragonesa a la que Pica Lagartos alude (su padre era barbero de don Manuel Camo, "una gloria nacional de Huesca").

Don Ángel Isar, nacido en el año 1921, recuerda el bar de su tía Paca, hija del dueño y casada con otro Ángel Isar: El mostrador situado, como hoy sigue estando el de la farmacia, a la izquierda; al fondo se ensanchaba el bar y allí, numerosas mesas, en las que, a mediodía, los obreros comían en sus tarteras, cosumiendo en el bar los frascos o frasquillas que se llenaban en la bodega, donde se guardaban los pellejos de vino. Y, por la noche, nunca más tarde de las doce, "gente de todo tipo, hasta escritores y periodistas", dato coincidente con el que encuentro en el callejero de Pedro de Répide⁸ donde se hace referencia a que un grupo de jóvenes de la redacción de *Vida*

(8) Pedro de Répide, *Las calles de Madrid*, editorial Afrodisio Aguado, Madrid, 1971. Este libro recoge artículos que Répide publicó durante muchos años, con el seudónimo "El ciego de las Vistillas", en el diario de *La Libertad*.

Nueva se reunían "en una taberna del número 9 de la calle Montera que era propiedad de un tabernero literario".

Don Ángel recuerda perfectamente a su tío abuelo, don Francisco Fraile, "a quien todos llamaban Paco" (aparte de la semejanza en los fonemas consonánticos —/p/ /k/— con **Pica** no logro otro dato real que se relacione con el mote del tabernero de Valle):

—Era bajito y regordete y usaba siempre una gorrita.

Con él trabajaba su hijo Paquito (¿Crispín?) y tenía dos hijas Mercedes y Paca, a quien antes se había referido, que fue quien se hizo cargo del bar y se casó con el otro Ángel Isar, tío de mi informante.

Una calle enarenada

En el trazado hipotético del recorrido de Max y don Latino, su caminar me lleva a un callejón, llamado hoy Travesía del Arenal, que comunica la calle que le da el nombre con la calle Mayor, pero que muy posiblemente no tuviera entonces denominación específica ("Esta calle no tiene letrero") y por ello reitera hoy el de la calle Arenal, cuyo nombre encajaría con el de calle **enarenada**, tal como a Valle le gusta sugerir, cuando prefiere ocultar la referencia real.

La Buñolería Modernista

El Pasadizo de San Ginés une también las calles Arenal y Mayor, pero no directamente como la Travesía del Arenal, sino tras un pronunciado recodo que bajo un arco lleva a la Plazuela de San Ginés y a la pequeña calle de Coloreros. En la entrada por Arenal, a la izquierda el antiguo Teatro Eslava, convertido, desde hace unos diez años, en "disco-teatro", según se anuncia —entiéndase, discoteca—. Y a la derecha, tan cargada de historia y de anécdota, la iglesia de San Ginés. Al fondo, en el número cinco, antes de pasar el pequeño arco, y visible desde Arenal,

la Buñolería Modernista; ante su puerta será detenido el poeta ciego y llevado al entonces Ministerio de la Gobernación (después, y durante los años del franquismo, Dirección General de Seguridad, y hoy sede de la Presidencia de la Comunidad Autónoma de Madrid).

Entre mis informadores, un viejo tramoyista del Eslava con quien compartí todas esas palabras que se encierran en cada botella de vino, a cambio de no citar su nombre (porque estaba acostumbrado a que no lo nombrasen ni en los programas del teatro). Él me habló de sus muchas amanecidas en la **Chocolatería de San Ginés**, el **Maxim Golfo** de los modernistas, abierto noche tras noche y durante toda la noche, desde 1894 hasta hoy. Chocolatería, buñolería y churrería, recogedora de todo ese Madrid noctámbulo, tan variopinto, que "de antro apestoso de aceite" camina a convertirse en "creperie"⁹.

El Popular y su redactor jefe

Mientras en el calabozo, tras el interrogatorio, conversan Max Estrella y el obrero catalán —reencarnación del anarquista

(9) Don Juan Martín es el propietario del *Rincón de Madrid*, un pequeño bar de la calle Coloreros, contiguo a la buñolería; cuando hablo con él por primera vez me dice que un vecino, Enrique, fue durante muchos años encargado de la **Chocolatería**; siendo quien mejor podría darme los datos que busco, pero aunque vive al lado (en la única vivienda existente en el pasadizo) está muy grave y ha sido hospitalizado. Cuando escribo estas líneas, Enrique ha muerto y es don Juan Martín quien me facilita la información que sigue: antes que Enrique, el encargado fue un tal Julián, posiblemente pariente de los propietarios, quizás ese "hombre gordo con delantal blanco" que asoma en la acotación 7ª de la escena 4ª. La dueña de la buñolería en los años veinte era doña Ángela Suárez Viana, fallecida hace veintidós años. La reforma actual se llevó a cabo hace dos años, al adquirir el local la actual empresa propietaria, Explotaciones Musicales —la misma que convirtió el Eslava en discoteca y que actualmente lo regenta—. El antiguo local se amplió, absorbiendo lo que antes era el Bar Eslava, situado entre la buñolería y el teatro; es entonces cuando se abrió la puerta al nº 2 de Coloreros, antes inexistente. Las mesas eran de mármol con pies de hierro; los azulejos blancos de los muros también han desaparecido; sólo se conserva, la solería. Puede revivirse, sin embargo, el antiguo aspecto en las viejas fotografías que hoy adornan sus paredes.

Mateo Morral— don Latino y los modernistas protestan en la redacción de *El Popular*, solicitando que se interceda por la puesta en libertad del maestro. Con los pocos datos que Valle ofrece en la escena es muy difícil saber de qué periódico se trata. En base a la única orientación directa ("Nuestro periódico sale inspirado por Don Manuel García Prieto..."), Zamora Vicente aventura la posibilidad de que se trate de *La Mañana*, diario del Marqués de Alhucemas.

Se encontraban en la zona las redacciones de *El Progreso*, diario republicano, instalado en la Red de San Luis. En la calle Jacometrezo, *Las Novedades*, *La Ilustración*, *El Semanario Pintoresco* y *Vida Nueva*, publicaciones de diferente periodicidad. Pienso que probablemente Valle utiliza intencionadamente una pista falsa que le permite burlarse con tranquilidad, en la personificación de don Filiberto, de alguien conocido y cercano, sin el riesgo de una identificación evidente. En muchas ocasiones, Valle se sirve del lenguaje para caracterizar al personaje o para dar una pista irónica en el juego de la localización; así podría ocurrir en esta escena con don Filiberto y con esa muletilla que reitera — "**¡Válgame un santo de palo!**" — desprovista de una significación concreta en el contexto. ¿Pertenería, a una persona real, a un periodista objeto seguro de burla en la tarde de café? Lo único que he encontrado en la búsqueda de esta identificación no hecha, es una curiosa coincidencia: En el número 273 de *España*, correspondiente al 24 de julio de 1920, el inmediatamente anterior al inicio de la publicación de *Luces...*, Luis G. Bilbao, gerente y colaborador asiduo de la revista, inicia una serie, protagonizada por un personaje llamado Antropos, cuyo título es **LAS MEMORIAS DE UN SANTO DE PALO**.

El Café Colón

Después de la entrevista de Max Estrella con el ministro Julio Burell —cuyas cualidades personales debían ser atractivas

para ser convertido en personaje, por ejemplo, su proclividad al sueño, que es recogida también por Azorín y Baroja en sus novelas¹⁰—, nuestros protagonistas se encuentran en el Café Colón con Rubén Darío. Max les invitará pomposamente a cenar. Espejos multiplicadores, mesas de mármol, divanes rojos, el mostrador en el fondo, el piano y el violín de la orquestina... Todo ello en trazos impresionistas sugeridos por una luz peculiar, la que adquiere el vaho del humo. En la metáfora de Valle, un misterioso parecido con el resplandor del haz de luz, en el flujo eléctrico tembloroso, de los arcos voltaicos.

Pocos son los datos —a pesar de ser minuciosa la descripción— que se ofrecen, coincidentes, además, con la mayoría de los viejos cafés. Mi primera idea fue el Nuevo Café de Levante, en la calle Arenal, ya que era una de las tertulias habituales de Valle, prácticamente presidida por él y a la que asistían gente de las artes plásticas, pintores, dibujantes, escultores —como Julio Romero de Torres, Victorio Macho, Rafael de Penagos, Zuloaga, Rusiñol, Solana...—, pero también, en ocasiones, escritores como los Machado o Amado Nervo y, en especial,

(10) Valle-Inclán concluye esta escena durmiendo al Ministro caricatura de Julio Burell, con el periódico entre las manos ("Cabálgase los lentes, le pasa la vista, se hace un gorro y se duerme"). Azorín y Baroja lo hacen aparecer en sus novelas, recordando ambos un viaje que juntos hicieron a Toledo en 1900, ciudad de la que entonces Burell era Gobernador. En *La voluntad* hay esta alusión: "... los alcaldes que llegan a las ocho y esperan hasta la una a que el gobernador, que es un inveterado noctámbulo madrileño, se digne levantarse..." (II parte, cap. IV. Edit. Castalia, Madrid, 1972, pp. 205-206). Baroja saca más partido a Burell, convertido en personaje de *Camino de perfección* y calificado de barbián y volteriano; recoge el mismo dato:

"Se fueron acercando al Gobierno civil. Atravesaron un corredor que daba la vuelta a un patio; subieron por una escalera ruinoso y preguntaron por el gobernador. No se había levantado aún:

— Sigue madrileño —murmuró el teniente sonriendo. Podían pasar al despacho. Arévalo hizo algunas consideraciones humorísticas acerca de aquel gobernador refinado, amigo de placeres, gran señor en sus hábitos y costumbres, que dormía a pierna suelta en el enorme y destartado palacio a las tres de la tarde (...) En esto entró el gobernador, vestido de negro. Era un hombre de mediana estatura, de barba negra, ojos tristes morunos, boca sonriente y voz gruesa" (*Camino de perfección*, cap. XXVIII. Edit. Caro Reggio, Madrid, 1971, pp. 165 a 167).

Rubén Darío, coprotagonista de la escena; pero, entre los testimonios que recojo, aunque alguno admite la posibilidad de que se sirvieran cenas, nadie me habla de la orquestina.

Busco en el Central, aún en el n° 10 de la Plaza del Ángel, que conserva cerca de los reservados, en los que podría haber estado Rubén, un pequeño escenario para la orquestina, dedicado hoy, cada noche a conciertos de jazz en vivo, y que también tiene algún espejo en la pared del fondo; pero ni me consta que se sirvieran comidas, ni los espejos, tal como están colocados, son realmente multiplicadores, ni poseen un "interés folletinesco", que no sé muy bien lo que es, pero sí lo que no es.

Y vuelvo al quiosco de Ángel Isar; me habla del **Café Universal** que estaba en el n° 14 de la calle Alcalá, casi ya en la Puerta del Sol, el Topics de los años setenta, cuyas bandejas aún se conservan en el **Ouick** de hoy: almuerzos rápidos, para gente con prisa, autoservicios para no perder tiempo comiendo. Pero entonces "servían buenas comidas, y, sobre todo, eran especialmente concurridas las **cenas de medianoche**, a las que asistían muchos bohemios, artistas y escritores". Cuando me reconstruye el plano aproximado, al fondo, a la derecha, dibuja un pequeño tablado para el piano; y en recodo, **enfrente de los músicos**, tres paredes llenas de espejos que hoy todavía subsisten y que, necesariamente, multiplicarían las imágenes.

Paseo con jardines

Desde el Café Colón —en la Puerta del Sol, si la hipótesis hecha fuera correcta, o localizándolo en cualquier otro emplazamiento de la zona Centro— y en dirección hacia la casa de Max, el caminar de nuestros personajes es fácilmente reconstruible.

En esta escena se encontrarán con dos prostitutas en unos jardines, en los que "merodean mozuelas pingonas y viejas pintadas como caretas".

La oferta en la prostitución callejera del Centro se extendía desde la Red de San Luis, hasta la calle Atocha, a ambos lados de la Puerta del Sol. En la zona de la actual Gran Vía, las adyacentes a la Red de San Luis (tras la Telefónica, las calles del Desengaño, del Barco y de la Ballesta); y bajando por Montera, la de Jardines —de nombre muy atractivo para hacer una primera hipótesis, pero sin árboles, ni bancos, ni ramajes, como en las acotaciones se citan— y, sobre todo, por su fama entonces, la calle Aduana). Pasada la Puerta del Sol, la zona Jerónimo hacia la Plaza de Santa Ana. En ella existían, menos cuidados que en la actualidad, los únicos jardines en los que se producía ese antiguo tráfico, y casi sólo ellos por su vegetación merecían tal nombre (así, por ejemplo, en la contigua placita del Ángel hay sólo algún árbol, y en la de las Cortes, más verde, aparte de quedar a desmano en el recorrido lógico, nunca ofreció un ambiente nocturno ni siquiera similar).

Parece, pues, muy probable, que donde Max y don Latino sienten "el perfume primaveral de las lilas que embalsaman la humedad de la noche", sea en la plaza de Santa Ana, donde entonces, como hoy, se encontraba el Teatro Español desde cuya portada las serias efigies de nuestros dramaturgos clásicos contemplan la plaza; de derecha a izquierda las de Ruiz de Alarcón, Tirso, Calderón, Lope de Vega y Lope de Rueda; a su lado, como si se hubiera colocado sin permiso, el afable rostro de don Jacinto. A Benavente se le ha hecho un sitio; a don Ramón, aún no.

Esta plaza, llamada de la **Cerveza** por don Mariano de Cavia, pues ya tenían fama los muchos establecimientos que hoy todavía la despachan, recibe su nombre más tradicional del antiguo convento de monjas que Bonaparte mandó derribar. Sus árboles —¡divertidos guiños de la historia!— testigos acogedores bajo sus ramas de caricias y amores comprados, no son otros que los de la huerta del convento, a cuya sombra ensoñarían castamente las monjitas.

Una calle del Madrid austriaco

El traslado de la Corte a Madrid por Felipe II en 1561, hizo patente la necesidad de reformas urbanísticas. Pero, en parte, por imprevisión, y, sobre todo, por falta de recursos del municipio, el crecimiento se produjo de la forma más desordenada, en manos, casi totalmente, de la iniciativa privada y, por tanto, en función de sus intereses. Así surgieron pronto arrabales fuera de las murallas medievales que se incorporaron al casco urbano con la construcción, en 1566, de una nueva muralla que, por el norte, desde la Puerta de Santo Domingo llegaba hasta la de San Luis, bajaba hacia la de Alcalá, descendía hasta la de Antón Martín y al Sur se cerraba en las Puertas de La Latina y de Toledo. Quedan así incorporadas a la ciudad las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Atocha, San Bernardo, Fuencarral y Hortaleza.

Y dentro de este Madrid austriaco, Max y don Latino pasan por la calle del Príncipe entre "las tapias de un convento" —los muros antiguos de Santa Ana, hoy ocupado en esta parte de la calle por la iglesia de San Ignacio de Loyola— y "un casón de nobles". Enfrente, "las luces de una taberna".

Un casón de nobles

Haciendo esquina con Huertas, está el palacio del que habla Valle, la casa de don Ruy López de Vega, donde vivirá el príncipe marroquí, Muley Xaque, que da nombre a la calle y quien convertido al cristianismo adoptó el título de Felipe de África, llamado el "Príncipe Negro". Cervantes vivió —según su propio testimonio— "frontero de las casas donde solía vivir el Príncipe de Marruecos", precisamente en el mismo edificio donde localizaré la taberna citada en la primera acotación de la escena.

A mediados del siglo XIX habitaron esta enorme y bella casa los opulentos marqueses de Manzanedo, duques de Santoña, siendo después residencia de Canalejas.

Casa Alberto

Valle sitúa, como tantas veces, cinematográficamente la escena en un *travelling* que, desde un punto fijo, localiza, en el recorrido de los personajes, las tres referencias: el convento, el palacio y la taberna. En la realidad situadas en el mismo orden en que son citadas. Esta sensación de simultaneidad me llevó a abandonar en mi búsqueda otras hipótesis como la antigua taberna de Lepre, en la calle de las Huertas también, pero esquina a la del Lobo, que podía enlazar con el convento de las Trinitarias, pero sin que haya cerca ningún caserón de nobles. Sin embargo, en la calle **Príncipe** se reúnen los tres puntos de referencia, y así, tras los muros del convento y frente al caserón de nobles, al fondo, en la popular calle de las Huertas, visibles las luces desde la plaza de Santa Ana, *Casa Alberto*, fundada en 1827. Ante ella Max y don Latino se encontrarán con "una mujer, despechugada y ronca, que tiene en los brazos a su niño muerto".

El propietario actual es don Francisco Navarro, pero quien me atiende es el gerente, don Domingo Redondo, un hombre amable y culto, enamorado de la literatura y el arte, quien, según me dice, ha rechazado ofertas tentadoras en los más importantes hoteles madrileños, por el cariño que le ha tomado a este rincón cervantino. Él me cuenta la historia de esta antigua taberna, modesta antes y hoy "discretamente reformada, para ofrecer el mejor servicio", en la que se conserva un espléndido mostrador de estaño, prolongado en una sorprendente barra de mármol, (según me comenta es "de Onises de una sola pieza, la mayor que he visto en mi vida y que debe costar una millonada"). Entre las tapas típicas, los pinchos de la inspiración, Las Musas, porque éste es su barrio.

Mientras charlamos, en el extremo de la barra, un grifo de bronce gotea permanentemente sobre los viejos frascos de vino para mantenerlos a la temperatura justa.

Un niño muerto

Con su habitual penetración, Zamora Vicente sospecha que esta escena, aunque añadida en el año 24, fue escrita en el 20, y, por alguna razón especial —quizás porque su dramático patetismo no encajara con el tono grotesco de la obra— no se publicó.

Fundamenta su hipótesis en convincentes razones, entre las que el medio real se hace evidente: las revueltas callejeras de 1920. Y los escalofriantes datos: en agosto de ese año, en Cuatro Caminos, un niño muere de un tiro, una bala perdida en la represión. Poco antes, en mayo, esta vez una niña, en la calle Cabeza, junto a la Plaza de Antón Martín, muy cerca de Huertas. Otro niño, Manuel González Aparicio, muere bajo los cascos de un caballo de la guardia de orden público. Encuentro, por mi parte, en la búsqueda de los aludidos por Zamora, otro relato impresionante, ocurrido el 19 de enero del mismo año: un guardiacivil mata a un muchacho —se llamaba Máximo— porque había robado carbón; según el increíble relato del periodista, el niño arrojó piedras al guardia, "por lo que éste se vio precisado a disparar". Lo mató de un tiro en la cabeza. El niño muerto en la escena undécima no es otro que la síntesis dolorida de todas estas muertes.

Rinconada en costanilla

"Don Latino y Max Estrella filosofan sentados en el quicio de una puerta". Han regresado ya a la calle del poeta, aunque no están sentados en su portal ("llévame a la puerta de mi casa..."). Don Latino *dará unos pasos* y comenzará a "cocear en la puerta". Están sentados enfrente; todo coincide para que pueda ser el cruce de Salitre con Doctor Pigá: la rinconada en costanilla ("calle corta de mayor declive que las cercanas", según la definición del *D.R.A.L.*) puede encontrarse en la doble vertiente de la cuesta de la pequeña calle de la Fe, frente a la iglesia, y en ángulo, como prolongación de Salitre, la travesía que baja en pronunciada pendiente hacia Argumosa.

Una iglesia barroca

Mi llegada ante la iglesia de San Lorenzo es desalentadora: aunque está situada en el lugar exacto que se describe en la primera acotación de la escena duodécima (al fondo, perfectamente recortado en el cielo el campanario, para que "sobre las campanas negras, la luna clara" perfile la torre) en vez del barroco que Valle cita, me encuentro con una triste imitación neoclásica.

Sin embargo, las informaciones que recojo alejan el primer desánimo. La señora Apolonia, noventa años absolutamente lúcidos¹¹, es quien me transmite la primera información:

– La parroquia de San Lorenzo siempre fue muy importante. Pero antes era mucho más bonita; quedó totalmente destruida por un obús en la guerra.

Doña Apolonia no recuerda el reloj del que se habla en la acotación segunda, pero sí el gallo de la veleta, observado desde niña ("el reloj de la iglesia da cinco campanadas bajo el gallo de la veleta").

En el interior, confirmo que era efectivamente barroca, construida en 1662, sobre una antigua sinagoga. Me cuentan que se la conocía con el nombre de la "parroquia de los chinches".

El callejón del Gato

Max Estrella, ciego, pero clarividente, sentado en la calle, frente a su casa, teoriza sobre el Esperpento. La principal referencia en su discurso, los espejos del callejón del Gato.

Uniendo la calle Núñez de Arce, antes de La Gorguera¹², y la calle de la Cruz, a un paso de la Plaza de Santa Ana, está en

(11) Contacto con ella a través de Margarita, nuera de doña Carmen Benito, actual inquilina de la supuesta buhardilla de Max Estrella.

(12) La calle Núñez de Arce se llamó antes de La Gorguera, por corrupción de *La Agorera* "no por el plegado cuello del XVI", como escribe Répide —ob. cit. pág. 444—. Al

el pasaje de Álvarez Gato (el poeta del XV que, según Gómez Manrique, "habló de perlas y plata"), llamado popularmente del Gato, cambio que sustituye el recuerdo del ingenioso y delicado prerrenacentista por el cotidiano animal familiar.

En los años veinte, el testimonio de Pedro de Répide:

"Esta calle tiene dos particularidades: está cerrada al tráfico rodado y en ella hay un establecimiento comercial con dos grandes espejos de cuerpo entero, cóncavo el uno y convexo el otro, a los que van los niños y los adolescentes para ver su imagen deformada"¹³.

Zamora Vicente evoca la visita a estos espejos con Pedro Salinas, Guillermo de Torre y la suya propia¹⁴, situados en una ferretería (según Salinas y Zamora) o en una carbonería (en opinión de Torre); dos o más, en la duda del recuerdo.

Cuántos y dónde estaban

El testimonio coetáneo citado señala que eran dos. Y estaban en el número 4, hoy tintorería/lavandería; antes, según me dicen, droguería; supongo que se trataría de uno de esos establecimientos que no vendían comestibles —esto los definiría— siendo de oferta tan amplia y variada como la que revelan los distintos recuerdos.

parecer, se trataba de una bruja del XV, llamada María Mola, obligada a vivir fuera del recinto amurallado, donde estaba la actual calle Núñez de Arce. A su casa iban las gentes a consultar los presagios. María Mola fue ahorcada por orden del rey Juan II, siendo lapidado su cadáver. Hoy, en esa calle, en un balcón de la planta primera del restaurante "La trucha", montada en su escoba puede verse la figura de la bruja; ninguna de las personas que interpelé en la calle, ni los actuales dueños del restaurante, conocen ya la historia.

(13) Pedro de Répide, ob. cit. pág. 34.

(14) Pedro Salinas, *Significación del esperpento o Valle-Inclán hijo pródigo del 98*, en Cuadernos Americanos, 1947. Guillermo de Torre, *Valle-Inclán o el rostro y la máscara en la difícil universalidad española*, Madrid, Gredos, 1965. Zamora Vicente, *Evocación del esperpento*, en La Nación, Buenos Aires, 1951. Referencias tomadas de Zamora Vicente, en *La realidad esperpéntica*, pág. 19.

Donde hoy están

En el número 3, antes un antiguo almacén de aguardiente, hoy el bar **Las Bravas** ("Especialidad en pulpo y patatas a la brava. Exquisitos vinos finos de Villarrubia de Santiago") es donde hoy están los famosos espejos, sin que haya mención alguna ni a Valle-Inclán, ni a los esperpentos.

Aunque todavía pueden ser contemplados, el uno cóncavo y el otro convexo, aquellos espejos de cuerpo entero, hoy no tienen más de un metro. Están en la pared exterior, en el callejón, bien a la vista, entre las puertas del bar y dentro de unas vitrinas. Hay a ambos lados, para completar el juego, otros dos espejos modernos, lisos, que reflejan la imagen sin deformarla.

Don Ramón contemplaría más de una vez, sin duda, la suya, orgullosa y noble, pintoresca y tragicómica, deformada y trascendida en boca de Max Estrella, al ser convertida en ejemplo y teoría de su estética y de su crítica.

Efectivamente este local¹⁵, en la época en que Valle escribe *Luces...*, fue un almacén de aguardiente, que tenía subarrendada una pequeña parte a un taller de fontanería. El propietario, don Carlos Barranco, en el año 33 ó 34 adquirió los espejos, comprándoselos al dueño del comercio de enfrente, donde hoy está la tintorería. Su hija Aurora, después de la guerra, convirtió el almacén en bar: Vinícola Aurora Barranco.

Hace unos años, cuando el negocio se amplió a otros dos establecimientos, se cambió el nombre por el actual. El anagrama —que figura, por ejemplo, en las servilletas— es una imagen sugerente, justificada en lo significativo, pero llena de connotaciones esperpénticas: la cabeza de un toro, dentro de una patata.

(15) Mi primer informador es don Gregorio Briones que lleva 32 años empleado en la casa. Tras aportarme alguno de los datos que transcribo, me encamina a don José Blanco, gerente y marido de la propietaria, doña Aurora, a cuya familia perteneció siempre el local.

El cementerio del Este

Tras enunciar la teoría del Esperpento y después de una última alucinación en la que, como al principio de la obra, el poeta cree recobrar la vista, muere en la calle. Asistimos a su velatorio en la casa vacía de muebles, que no es el número 5 de la calle Conde Duque —hoy el 7¹⁶—, donde Alejandro Sawa murió, sino, como dice el cochero de la carroza fúnebre, a una legua de Cuatro Caminos, a casi seis kilómetros, la distancia que hay con la zona de Atocha.

La primera acotación de la escena XIV nos sitúa en un patio del cementerio del Este, una tarde fría, con viento adusto.

(16) Encuentro el dato en *El Liberal*. A pesar de recoger la noticia horas después de muerto Sawa, le hace sitio en primera página y en columnas centrales le dedica el recuerdo más cuidado. Ahí figura la hora exacta de su muerte y la dirección de la casa: "Ha muerto pobre. Esta madrugada, a la una y cuarto en su vivienda de la calle Conde Duque, n° 5". El actual número 1 no existía antes de la guerra; ese portal se abrió después. Era un caserón-palacio que no tenía la entrada por Conde Duque, sino por la Plaza Cristino Martos, con lo que el actual n° 5, siempre fue el 3. La casa de Alejandro Sawa estaba en una buhardilla del actual n° 7, esquina a la Travesía, frente al antiguo cuartel. Entro en la casa: viejas, pinas y gastadas escaleras de madera; asientos de tabla, en el rincón de los descansillos. Y arriba, en la cuarta planta —que no quinto cielo— las buhardillas, iluminadas por el tragaluz que alumbra la escalera: tres antiguas, en el espacio natural de la construcción, y otras tres en una ampliación a la derecha. Intento hablar con los vecinos. La puerta central de las antiguas es una vivienda reformada en la que desde hace muy poco tiempo habita un matrimonio joven (Emilia Huertas y Bartolomé Asegurado) que lógicamente no tienen ningún dato. Pero en la puerta de la izquierda doña Josefa Almazán, con quien no consigo hablar todo lo que hubiera deseado, me cuenta que recuerda haber escuchado a su abuelo que en la otra puerta antigua, frente al último escalón, vivía un ciego que se emborrachaba. Hoy de esa casa, en la que nadie vive, sólo queda la puerta y la entrada; el resto de la vivienda ha pasado a formar parte de las nuevas buhardillas reformadas. El itinerario de la noche narrada en *Luces de bohemia* lo he reconstruido partiendo y regresando a Salitre "esquina" San Cosme. Pero si Alejandro Sawa lo hubiera recorrido, ¡qué lógico camino!, bajando a Princesa, como tantos días en sus paseos reales; subiendo a Jacometrezo, a la esquina hoy de Mesonero Romanos con Gran Vía; deteniéndose, como la primera y más próxima parada en la librería de Pueyo y continuando hasta la calle Montera, a la taberna del **Majo de las Cubas**, allí se encontraría con Max y don Latino, quienes, por otro camino, tras pasar también por la librería de Zaratustra, llegarían a la misma taberna, la de Pica Lagartos.

Aunque se utiliza aún esta denominación, que van olvidando los más jóvenes, ya se ha generalizado el de la patrona oficial de Madrid, la Virgen de **La Almudena**, nombre que siempre tuvo, pero que no se usaba, ya que al existir antes otros cementerios en la ciudad, el del **Este** servía para localizarlo mejor.

El cementerio está situado en un amplísimo terreno entre los barrios de La Elipa, Moratalaz, Vicálvaro y San Blas. De la Plaza de Las Ventas salen los autobuses que recorren la larga Avenida de Daroca. La monumental entrada principal fue inaugurada, precisamente, en el año veinte. Por ella, pues, pudo haber entrado el cadáver de Max Estrella y ser enterrado en el "camposanto", ya que, a pesar de que el poeta ciego afirmaba no creer en nada tras la muerte, Rubén Darío propone volver al día siguiente para "poner una cruz sobre la sepultura..." Alejandro Sawa, once años antes, no fue enterrado en el cementerio católico.

La tumba de Sawa

También una mañana fría, ésta del mes de octubre, guiándome por las referencias de Valle y por las noticias recogidas sobre la muerte de Sawa, a primera hora me presenté en las oficinas situadas en esa entrada principal. Cuando solicité que me buscaran la inscripción del enterramiento del escritor, fue surgiendo una serie de dificultades que, en más de una ocasión, me hicieron temer una búsqueda infructuosa. Se me advirtió que llegaba en un mal momento (yo pensé que a un cementerio siempre se llega en mal momento, aunque no tan malo si uno lo hace por su propio pie, pero no dije nada, por si la observación incomodaba a quienes no parecían proclives a la ironía), pues era día de traslado de cuerpos. De momento no entendí muy bien de qué se trataba, aunque en mi larga espera fui recogiendo datos en los comentarios de los sepultureros ("En esa sepultura te digo que no hay ninguno. La A está vacía, pero ésa está hasta arriba, acabo de verla ahora mismo. En la B cabe un cuer-

po más...) que de vez en cuando entraban y salían de la oficina, sin reparar en mí, atribuyendo, supongo, mi cara de desánimo a la habitual de familiares y deudos de difuntos.

El cementerio que no es

Cuando pude repetir lo que quería, comenzó la búsqueda sin resultado alguno. A pesar de lo categórico de la respuesta que recibí ("Ese día no figura el enterramiento de nadie que se llame Alejandro Sawa"), antes de dejar la gestión y comenzar la búsqueda en otro cementerio, insistí, pensando en la referencia de Valle —**cementerio del Este**— y solicité revisar por mí mismo las inscripciones. Del 3 al 10 de marzo nada aparecía, por lo que ni la posibilidad de una autopsia, ni el intermedio fin de semana —los días 6 y 7 de ese marzo de 1909 fueron sábado y domingo— podían justificar un retraso mayor.

El apellido que no es el que era

Cuando pensé en el anticlericalismo de Sawa se me ocurrió preguntar si existía un libro de inscripción distinto para el cementerio civil y cuando me respondieron que sí, tuve la certeza de que iba a encontrar lo que buscaba. Pero aún me quedaba algo por descubrir; algo como una burla, una última deformación de la realidad: tampoco Sawa aparecía inscrito en este registro. Mejor dicho, sí aparecía, pero con el apellido cambiado. En una cuidadosa caligrafía que no se me permitió fotocopiar ni fotografiar, en lugar de Sawa, puede leerse Alejandro SARRA, enterrado el día 4 de marzo.

La inscripción

Reproduzco lo que en el libro registro figura, así distribuido, a falta de documento gráfico:

4 marzo

2285 Sarra Martínez Alejandro -1

3ª temporal a - 4 - 9 - D - 5 -

Logro que uno de los sepultureros me explique las referencias, para mí crípticas, (números y letras parecen una clave elemental: "nueve está a cuatro de cinco") que me sirvan para encontrar la tumba. Antes de que el sepulturero me conteste recibo por parte de los administrativos la seria advertencia de que no puedo fotografiar en el interior del cementerio.

Tras la fecha del **4 de marzo**, figura el número de enterramientos inscritos hasta entonces en el Cementerio Civil de Madrid. A Sawa le corresponde el **2285**.

El cuerpo que ya no está donde estuvo

Tercera temporal: El sepulturero me explica que quienes no tenían dinero para comprar una tumba a perpetuidad, eran enterrados por "tercera temporal", manteniéndose el cuerpo en su tumba once años. Transcurrido este tiempo, los restos eran trasladados a la fosa común (que era el trasiego que hoy se traían).

Con las anotaciones de la inscripción podría encontrar la que fue la tumba de Sawa, pero desde el año 1920 sus restos fueron trasladados al osario, al fondo del cementerio civil. Sin embargo, allá voy con intención de recoger el dato del sitio, aunque sus restos ya no estén en su tumba.

Una tumba desocupada que ya no está donde estaba

Las referencias de la inscripción son éstas:

- | | |
|---------------|---------------|
| - a - zona | - 9 - manzana |
| - 4 - cuartel | - D - letra |
| - 5 - cuerpo | |

Subo andando por la misma Avenida de Daroca, siguiendo la valla del cementerio, casi un kilómetro hacia arriba hasta encontrar la antigua entrada. Justo enfrente, entre esta avenida y la de Largo Caballero, el cementerio civil. Al cruzar la cancela, los mausoleos de Pablo Iglesias, Figueras, Salmerón, Pi y Margall... Al fondo, no más de 50 metros, junto a la pequeña capilla, giro y observo todo el cementerio. Fotografío clandestinamente; no hay —como en la acotación de la escena se dice— patios ni, claro, calles con cruces.

Me pregunto si Valle acudiría aquí aquel 4 de marzo. Rubén Darío desde luego, no. Si no fuera por la relación de asistentes, publicada por Zamora, pensaría que no estuvo, pues cuando mi vista recorre lápidas con grandes frases ("no hay nada después de la muerte"), símbolos de otras religiones, nombres y nombres de nuestra heterodoxia... Se me ocurre pensar que si don Ramón hubiese estado en el entierro, la conversación entre Rubén y el Marqués de Bradomín, aquí se hubiera celebrado, porque todo lo que me rodea sería un estímulo teatral más, como contraste y fondo a las cosas que los personajes se dicen. Razones, que Alejandro Sawa no tuvo, tendría Valle para enterrar a Max Estrella entre cruces.

Con ayuda de otro sepulturero, Antonio García Hidalgo, que hace cuarenta años que trabaja en este cementerio, encontramos la tumba. Aunque borrosas se ven las inscripciones de las referencias que nos llevan a ella. La sepultura correspondiente a la letra -C- ha sido condenada, pues se abrió un paso entre las antiguas -B- y -D-; a ésta, la de Sawa, le corresponde hoy, en la numeración actual la A-23. Me pregunta si estoy interesado en comprarla, pues está desocupada.

Después me hace observar, cuando le concreto más lo que estoy buscando, cómo la parte superior del muro en la zona más oriental es más nueva que el resto. Me aclara que ello se debe a que antes el terreno no era rectangular, "sino que estaba sesgado". El lugar concreto en el que estábamos, antes de la

guerra no pertenecía al cementerio; cuando se amplió, los enterramientos situados cerca del muro, es decir más alejados del centro, fueron desplazados.

La sepultura que hemos encontrado, aunque mantenga las referencias que le corresponden, no sólo no contiene el cuerpo de quien busco, un muerto enterrado con distinto apellido del suyo, sino que, además, ni siquiera la tumba está situada donde antes estaba.

Al salir del cementerio, me vienen a la cabeza, mejor o peor recordadas, aquellas palabras de Rubén en las que habla de la noche de la muerte —¡qué noche tan oscura la de Sawa!—, con las que concluye su prólogo a *Iluminaciones...*:

"Por fin se hundió en la eterna noche, en la noche de las noches. Ha tiempo descansa. Bonne nuit pauvre et cher Alexandre!

CARLOS ÁLVAREZ-NOVOA

Sevilla, febrero de 1992